



Domingo XIV del tiempo ordinario.

Ciclo C.

1^a Lectura

Lectura del profeta Isaías (66, 10-14c)

Festejad a Jerusalén, gozad con ella, todos los que la amáis, alegraos de su alegría, los que por ella llevasteis luto. Mamaréis a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos, y apuraréis las delicias de sus ubres abundantes. Porque así dice el Señor: "Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz, como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones. Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán; como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados. Al verlo, se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos florecerán como un prado; la mano del Señor se manifestará a sus siervos."

Palabra de Dios

Salmo responsorial 65

Aclamad al Señor, tierra entera.

Aclamad al Señor, tierra entera.

Aclamad al Señor, tierra entera; tocad en honor de su nombre; cantad himnos a su gloria; decid a Dios:

"¡Qué temibles son tus obras!" **R.**

Que se poste ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios, sus temibles proezas en favor de los hombres. **R.**

Transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río.

Alegrémonos con Dios, que con su poder gobierna eternamente. **R.**

Fieles de Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo. Bendito sea Dios, que no rechazó mi suplica, ni me retiró su favor. **R.**

2^a Lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas (6, 14-18)

Hermanos: Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Pues lo que cuenta no es circuncisión o incircuncisión, sino una criatura nueva. La paz y la misericordia de Dios vengan sobre todos los que se ajustan a esta norma; también sobre el Israel de Dios. En adelante, que nadie me venga con molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu, hermanos. Amén.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Lucas 10, 1-12. 17-20

En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: "La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa." Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el reino de Dios." Cuando entréis en un pueblo y no os reciban, salid a la plaza y decid: "Hasta el polvo de vuestro pueblo, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. De todos modos, sabed que está cerca el reino de Dios." Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para ese pueblo." Los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre." Él les contestó: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado potestad para pisotear serpientes y escorpiones y todo el ejército del enemigo. Y no os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo."

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

Tras mucho tiempo, regresamos en este tiempo estival al tiempo ordinario, ya sin más fiestas y solemnidades a la vista que la del apóstol Santiago y la Asunción, antes de volver a la rutina diaria. No dejemos que el calor nos acobarde. Volvamos a celebrar un domingo más nuestra fe, alejando nuestro espíritu con la Palabra de Dios y con la Eucaristía.

Monición a las lecturas

La palabra de Dios nos ayudará hoy a profundizar en la alegría verdadera, que no viene de los éxitos o triunfos en la vida, sino de una conciencia asentada sobre el seguimiento de Jesús.

Acción de gracias.

*De dos en dos y nunca solo,
copilotos de una nave con destino al cielo
y paradas en todos y cada uno
de los rincones de la tierra.
Sin prisa,
con la paciencia de quien tiene en sus manos
todo el tiempo del mundo.
Sin posesiones,
con la liviana riqueza del peregrino
y la libertad de quien no depende
de aplausos ajenos.
Sin autocoplacencia,
pero siempre con la gloria en el alma
y la serena alegría de saber
que nuestros nombres
están inscritos en el cielo.*

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por la Iglesia, para que ligera de equipaje y apegos recorra los caminos de la historia anunciando con alegría el Evangelio.
ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Para que este tiempo de verano, lejos de alejarnos del Señor, nos ayude a acercarnos a él de una forma más serena y profunda.
ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Por la paz social y la paz en el mundo. Que quienes tienen en sus manos la responsabilidad de tomar grandes decisiones, lo hagan siempre teniendo en cuenta el bien común y la justicia social.
ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Para que al Evangelio nunca le falten portavoces que lo anuncien sin descanso hasta los confines de la tierra. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

La imagen que propone el profeta Isaías en la primera lectura nos ayuda a sumergirnos en una de las experiencias más entrañables y conmovedoras del ser humano: una madre amamantando a su niño; es la imagen de la que se vale Isaías para trasmisitir a un pueblo recién llegado del destierro, el consuelo que necesita para iniciar una vida nueva. Cuando todo alrededor es fracaso y destrucción, la mera contemplación de un niño inocente que es amamantado pone en todos los corazones las gotas necesarias de esperanza para rehacer la vida.

Esa imagen es válida para nosotros también. Cuando todo a nuestro alrededor es destrucción y fracaso, cuando la esperanza se aleja y la realidad implanta su inexorable ley en nuestras vidas, estamos invitados a volver a hacernos niños para ser alimentados por Dios, que no es sólo Padre, sino también Madre. Puede que todo alrededor sea destrucción, muerte o desesperanza, pero eso importa poco a la madre, cuyo único futuro es a veces la frágil vida que tiene entre sus brazos; tampoco le importa al niño, cuyo único deleite es amamantarse mientras contempla el rostro tierno de la madre. Tras la crisis que abre nuestras carnes y derriba al frío y endurecido hombre adulto en que todos nos convertimos, hemos de aprender a ser niños, descubriendo que vivir plenamente supone no dejar nunca de estar amamantados por Dios.

Madre e hijo son sujetos frágiles en medio de la tempestad de las injusticias, guerras o locuras de este mundo; pero en su debilidad radica su fortaleza. No hay nada que pueda reforzar más la esperanza en tiempo de muerte que una nueva vida que se abre paso. San Pablo expresa esta misma experiencia a través de la cruz, su única gloria. Volver a ser niño supone aceptar que el peso de la cruz nos aplasta, pero no nos derrota porque a través de ella aprendemos a entrar en una nueva vida. La cruz puede matar nuestros cuerpos o aniquilar nuestros proyectos, pero no puede derrotar la vida, porque ésta es eterna. Esa es nuestra “gloria”, pero una gloria que no depende de nosotros.

Esta pobreza la hemos de manifestar en nuestro trabajo misionero. Sin sandalias, ni bastón, sin entretenerte en saludos, sin cambiar de casa en casa a merced del viento... El misionero (que nunca ha de ir sólo sino de dos en dos, para que el testimonio sea veraz) no triunfa por su propia fuerza, sino por la fuerza del que le envía. Esta fuerza radica precisamente en la sencillez de su vida y en su debilidad humana. Por ello no debe recrearse en los éxitos, siempre son pasajeros, sino más bien alegrarse porque su nombre está escrito con letras de oro en el cielo.

Experimentar la alegría de ser enviados supone experimentar primeramente la dicha de ser incesantemente amamantados por Dios a través de la oración. Cuando todo sea tiniebla a nuestro alrededor, no olvidemos que Dios, que también es madre, nos acoge en sus brazos, nos acerca a su pecho y nos sacia de sus consuelos. El papa Francisco nos pedía que tuviéramos la valentía de orar, y ¿Qué es orar sino acercar nuestras pequeñas bocas a los pechos de Dios y saciarnos de su alimento y calor? Seamos valientes y volvamos a ser niños para que el alimento que nunca muere nos abra a la vida con mayúsculas.